

Trump y el recetario populista

Daniel Loewe

Facultad de Artes Liberales,
Universidad Adolfo Ibáñez



Donald Trump arrasó. Muchos se preguntan cómo pudo suceder. Se trata de un condenado por abuso sexual (Jean Carroll); culpable de 34 delitos graves (Stormy-Daniels); activo impulsor del asalto al Capitolio y del intento por amañar las elecciones en Georgia; se quedó con documentos que no debieron dejar la Casa Blanca. Y esos son solo los casos judiciales. Se suman su personalidad y carácter: indiferencia a la verdad; retórica encendida y vengativa; agresividad; misoginia; desprecio a la democracia puede continuar la lista usted mismo.

Note que su puesta en escena es populista de manual. Se construye sobre la fractura y la adversarialidad: una élite que se contrapone a un pueblo abandonado y engañado. Un líder que conecta directamente con la voluntad popular decantando así soluciones rápidas y simples (fin de la guerra en Ucrania en 24 horas, ser dictador el primer día) en vez de las interminables e inanes deliberaciones democráticas. Un en-

tendimiento agonal de la política como combate que recoge el elemento schmittiano que divide entre amigos y enemigos (y que tanto gusta a la izquierda populista latinoamericana, hasta que notan que no son ellos sino los Trump de este mundo quienes así obtienen el poder). Y en línea con los populismos de derecha, una ideología nacionalista que conduce a la excepcionalidad y al aislacionismo.

¿Son los estadounidenses idiotas consumados?

Por supuesto que no. El trumpismo duro existe (el núcleo MAGA: MakeAmerica Great Again), pero muchos votaron por él a pesar de él (y muchos demócratas no votaron). Si asumimos, como corresponde, que los electores no son hojas movidas por los vientos de la manipulación y la emocionalidad, sino agentes, debe haber algo en su puesta en escena que les hizo sentido. ¿De qué se trata?

Para que el populismo eche raíces y pueda ser explotado debe hallar tierras fértiles. La adversarialidad encuentra abono en aspectos del Partido Demócra-

ta que también lo fueron en la campaña de Kamala Harris: enfocarse en asuntos identitarios de moda en las aulas universitarias, pero que dicen poco e incluso se oponen al electorado medio al que no interesa la dominación y la violencia sistémica. Encuentra abono en su distanciamiento de ese electorado (más

rural y creyente, menos educado y sofisticado) y sus temores y preocupaciones morales y sociales, como la inmigración y el progreso económico. Tim Walz, el candidato demócrata a la vicepresidencia, lo

expresó claramente llamándolos “sencillos raros”: ellos no son como nosotros. Y Trump, con su retórica divisiva, su política de guerra, y sus soluciones rápidas y simples a la inmigración y al tema económico que preocupan al electorado, cultivó y explotó esa adversarialidad hasta cosechar sus frutos electorales: es cierto que no somos como ustedes parece decir, nosotros somos el pueblo y ustedes una élite desconectada, corrupta e inmoral.

“Para que el populismo eche raíces y pueda ser explotado debe hallar tierras fértiles”.